

*la embestida brutal de las aves celestes,
en cuyas palabras tan pronto vuelan las poderosas alas de las águilas
como se ve brillar el lomo de los calientes peces sin sonido.*

La pujanza y la violencia animal sigue siendo brutal, pero cargada ya de la conciencia que incorpora los mismos animales a la palabra misma del poeta (no a su pasión). Esta palabra es vacía, es decir, no intenta llenar el vacío del hombre, con la imagen que puede ofrecer la palabra; no, la única realidad consecuente es vivir en el mundo y el poeta invita a vivir en un paraíso que no puede existir si no es como sombra.

«El tema paradisíaco principal está completado, por un lado, por la visión del cosmos, en su gloria, antes de la aparición del hombre y, con él, del dolor y la limitación (...). Se complementa el núcleo central, por el otro lado, dándole al libro su contrastada dimensión y alcance, con los poemas que consideran al hombre perecedero, desde la conciencia de su transitoriedad y la preocupación de su fin» (17).

A ese «primer lado» corresponde una presencia animal genesíaca, un estado natural del hombre, a duras penas sobreviviente:

*Por eso os amo, inocentes, amorosos seres mortales
de un mundo virginal que diariamente se repetía
cuando la vida sonaba en las gargantas felices
de las aves, los ríos, los aires y los hombres.*

En aquel Paraíso (situado en Málaga, ciudad de la niñez) el poeta nunca apresó «esa forma huidiza de un pez en su hermosura» y en el mar las barcas «confundían sus velas con las crujientes alas de las gaviotas»; la diosa podía yacer «dormida sobre el tigre»; y el cuerpo se ve (como también en *La destrucción o el amor*) tendido como el río o como la serpiente: «tendido... / yo reflejo las nubes, los pájaros, las futuras estrellas». Todo es inocencia, y sólo la aparición del hombre quebrará esta armonía:

*... Libre
todavía de tí,
humano, está ese fuego.
Luz es, luz inocente.
¡Humano: nunca nazcas!*

(17) Aleixandre, V.: *Mis poemas mejores*, p. 129.

En aquello que Vicente dice que «complementa el núcleo central» —llamémoslo segunda parte del libro—, disminuye considerablemente la presencia animal. La razón es obvia: si se considera la transitoriedad y el fin del hombre, no se necesita aludir a los animales, que son, si cabe gradación, más transitorios que el humano.

6. SENTIDO DE LA FAUNA EN LOS ULTIMOS LIBROS

En *Nacimiento último* los animales quedan marginados y sólo se alude a ellos como referentes o complementarios de la contemplación del poeta. Sin embargo, se recurre al canto de los pájaros (un poema se titula «Cantad pájaros») y se los pone en relación con aquel mundo perdido que todavía tiene un humillo de ascuas en el corazón del hombre, y en el que se inserta la temática del «dolorido sentir» garcilasiano (18):

*Pájaros, las caricias de vuestras alas puras
no me podrán quitar la entristecida
memoria;
Ave rara,
ave arriba en el árbol que cantas para un muerto;
Dejad al paso la mirada lenta,
.....
que pide un árbol sin sus pájaros.*

En *Historia del corazón* el bestiario se reduce, ya que el libro es una visión del «hombre vivido» y «del amor como símbolo trascendido de solidaridad de los hombres». Por tanto, se puede hablar de solidaridad, en el libro, en términos de *reconocerse* en la multitud, y en el poema «En la plaza» se invita a entrar en el movimiento vital de todos los hombres comparando al indeciso con el molusco:

*No es bueno
quedarse en la orilla
como el malecón o como el molusco que quiere
calcáreamente imitar a la roca.*

El poeta recorre los caminos por donde anduvo («yo soy aquel que ayer no más decía...») para poder desembocar —«vagabundo conti-

(18) Quizá esté también vagamente presente aquel «y yo me iré / y se quedarán los pájaros cantando», de J. R. Jiménez, pues los pájaros de este libro mantienen una actitud de canto sobre un árbol. Tal vez —y esto es también arriesgado suponerlo— el tema venga de la poesía popular (pájaros que cantan sobre una rama o junto a una fuente) o de la busca de un *locus amoenus* tal como los antiguos poetas griegos y romanos soñaban.

nuo»— en este corazón historiado. Por esto se menciona «el bramar de las fieras», «los pájaros gritadores», «las gruesas serpientes», «la manada de los elefantes», «los búfalos y bisontes», los «estúpidos hipopótamos, coriáceos caimanes, débiles colibríes». Pero el hecho de mencionar los animales es un acto aislado y perdido, y las pocas veces que aparece es sólo como soporte para otra idea que refiere a la solidaridad con el hombre.

Esto mismo acontece con el libro *En un vasto dominio*, en el cual el poeta se enfrenta «con el vivir histórico, desde el devenir mismo de la materia originaria». Como «la materia se ha hecho vida y la vida se hace historia», los animales desaparecen casi por completo porque ellos no tienen historia por sí mismos (lo cual se ve diáfaramente en el poema «A mi perro» del libro que sigue: «Sirio» tiene nombre en cuanto ser «el perro de» el poeta).

En *Retratos con nombre* se intenta individualizar el fluir de la materia transformada por la pupila del poeta. No sólo se *tratan*, sino que se *re-tratan* las vidas, imágenes o situaciones que comunican la iluminada expresión del tiempo no en balde transcurrido. El poeta toma la lupa y ve, individualmente, tal condición, tal ser, tal «estar» en su actividad más real: el abuelo «retiene el caballo»; Dámaso divisa «la subida del sol, el ave grande»; Max Aub mira «un vencejo que cruza; un gato triste» o muestra «el gusano que come de la manzana fresca».

Los *Poemas de la consumación*, por ser mirada del viejo al vaso del tiempo, olvidan casi por entero nuestra temática, que vuelve a surgir en *Diálogos del conocimiento*. El poeta en este libro trata de buscar una perspectiva múltiple de la realidad «demasiado rica» para ser estrictamente personal. En este encuentro agónico se verifica la posibilidad de reverberación que tiene la conciencia del diálogo. Aparece de nuevo la selva (el poema «El niño murió» terminaba con un consecuente «duerme la selva»):

*Aquí en la selva acato
la única luz, y vivo.*

Quizá se podría suponer que la aparición de los animales es aquí forzosa porque el poeta vuelve al irracionalismo poético que había casi totalmente abandonado, sobre todo a partir de *Historia del corazón*. De modo que, junto a una intención perfectamente rastreable a lo largo de la obra, existe una recurrencia a temas o seres que amplían la visión o la significación de la palabra misma. El poeta ya

no intenta concentrarse en lo individual o en lo histórico, sino en lo que se confunde con los perfiles del todo y lo múltiple:

*El cielo no es distinto.
El ave es tierra y vuela.
Lo mismo garza que alcotán;
... Canta
el bosque. El ruiseñor invita. El tiempo pasa;
Soy tú, pájaro mío;
El toro se ciñe como una sombra triste;
Las palomas como los nardos.*

En esta «confusión» se incorpora el ánimo, el conocimiento, la conciencia del que sabe lo que tiene entre manos. Antes, la realidad transcurría «como un pájaro alegre» (*La destrucción o el amor*); ahora, la violencia y vitalidad se transforman en conciencia socrática del acontecer:

*Soy ya viejo y oigo poco
mas no confundo el canto de la alondra
con el ronco trajín del pecho pobre,*

dice el pájaro de «Sonido de guerra», y concluye:

*Miro y en torno casi ya no hay aire
para mis alas.*

El poema del libro en donde quizá sea más perceptible esta conciencia creciente es «La maja y la vieja». La Maja, alardeando de su hermosura, busca algo semejante a sí y encuentra el cielo (esto nos recuerda aquel desfile de personajes alegóricos de *El gran teatro del mundo*, entre los que destaca, como fasto de dones, La Hermosura):

*Mira el cielo en sus lumbres:
él no es de nadie y brilla, y los hombres lo adoran.*

La Vieja, que conoce porque ha vivido, busca una imagen que dé sentido a la expresión de la vida como algo que cruza y se marchita, y da con ello en el toro (= varón) que lucha denodadamente por conocer, aunque muera:

*Oye como cruje la gente cuando ese toro embiste
Ese toro conoce aunque muera. Ama aunque dude.
Y fiel sigue la pauta que el varón le propone
con esa llama núbil que resbala en sus ojos.
Yo fui también joven y he visto mucho.*

*Ese joven torea y su verbo seduce
al toro. En su verdad le miente.
Sólo después cuando el toro está muerto
Se desnuda el torero.*

En definitiva, y esto no escapa a cualquiera, a la variedad temática de la obra aleixandrina, se alía, en este libro, «y, en cierto modo, perfila o amasa, otras verdades nunca consumidas, sino en interna y total reverberación» (19), que completan una de las más ricas voces de la poesía universal.

7. RELACION FINAL

Por último, nos resta, como detectora de la comparecencia animal en la poesía de Vicente Aleixandre (20), hacer una relación que contribuya, en alguna medida, a delinear el tratamiento de la fauna en la poesía española, tema apasionante, aún sin hacer y que intentaremos más adelante iniciar.

Al recuento que Bousoño ha hecho en *La destrucción o el amor*—y que citamos en su momento (p. 7)—nosotros añadiremos aquellos con los que hemos dado, siguiendo siempre el texto que ha servido para nuestro propósito. Para no abundar en explicaciones superfluas, y puesto que se trata de un «Dramatis Animalia», indicaremos el nombre del animal, y a continuación daremos el número de veces que aparece, con las páginas entre paréntesis (el orden remite a su salida en escena).

ruiseñor: cinco veces (pp. 34, 80, 260, 344, 345)
mosca: dos veces (pp. 36, 49)
caballo: seis veces (pp. 43, 44, 50, 105, 263, 286)
avispa: una vez (p. 48)
canario: una vez (p. 49)
cebra: una vez (p. 50)
lobo: una vez (p. 50)
cordero: una vez (p. 50)
mariposa: cuatro veces (pp. 51, 68, 75, 110)
serpiente pitón: una vez (p. 51)
cocodrilo: una vez (p. 55)
cangrejo: dos veces (pp. 55, 394)
abeja: una vez (p. 57)
mastín: tres veces (pp. 63, 273, 275)

(19) Rodríguez, C.: *Loc. cit.*

(20) En un próximo trabajo intentaremos relacionar el «bestiario» aleixandrino con la riquísima flora (o herbario) del poeta. Lo trataremos aparte por considerar que hubiera ocupado, más espacio del requerido para esta publicación.

paloma: cinco veces (pp. 63, 68, 257, 258, 365)
 toro: tres veces (pp. 63, 353, 397)
 delfines: una vez (p. 64)
 gaviota: tres veces (pp. 65, 114, 141)
 araña: dos veces (pp. 68, 256)
 tigre: cuatro veces (pp. 73, 74, 105, 145)
 león: tres veces (pp. 73, 74, 105)
 hiena: una vez (p. 73)
 cervatillo: una vez (p. 73)
 elefante: dos veces (pp. 74, 212)
 cobra: dos veces (pp. 74, 102, en esta página se menciona cuatro veces)
 águila: siete veces (pp. 74, 76, 102, 107, 108, 123, 131)
 escorpión: una vez (p. 74)
 coccinela: una vez (p. 74)
 caracol: dos veces (pp. 74, 100)
 pez espada: dos veces (pp. 79, 80)
 lombrices: dos veces (pp. 87, 121)
 gusanos: dos veces (pp. 100, 298)
 lagarto: una vez (p. 101)
 tortuga: una vez (p. 101)
 gacela: una vez (p. 105)
 escarabajo: tres veces (pp. 105, 109, 110)
 pulpo: una vez (p. 118)
 hormiga: una vez (p. 119)
 búfalo: una vez (p. 212)
 bisonte: una vez (p. 212)
 hipopótamo: una vez (p. 212)
 caimán: una vez (p. 212)
 colibrí: una vez (p. 212)
 corzo: una vez (p. 214)
 pámpano: una vez (p. 271)
 can: una vez (p. 274)
 perro: una vez (p. 304)
 zuñe: una vez (p. 279)
 loba: una vez (p. 293)
 vencejo: una vez (p. 297)
 gato: una vez (p. 297)
 alondra: tres veces (pp. 298, 341, 343)
 alcotán: una vez (p. 339)
 azor: una vez (p. 314)
 garza: una vez (p. 339)
 cóndor: una vez (p. 359)

A este zoológico de cincuenta y seis animales hay que añadir las veces que el poeta se refiere a una actividad o sección de un animal, así como también las referencias a clases o familias de animales:

pluma: veintidós veces (pp. 36, dos veces; 58, 74, 76, 80, 89, 96, 107, 112, 122, 133, 135, 139, 151, 153, 187, 192, 213, 261, 274, 314)

vuelo: once veces (pp. 37, 49, 51, 69, 75, 77, 105, 127, 139, 201)
bestia: una vez (p. 38)
pájaro: cuarenta y cinco veces (pp. 42, 46, 49, 51, 65, 67, 68, 69, 75, 74, 76, 77, 80, 81, 82, 85, 86, 89, 90, 96, 102, 104, 105, 113, 120, 134, 135, 137, 139, 151, 158, 166, 178, 179, 180, 185, 212, 223, 254, 279, 298, 341, 346, 365, 370)
ala: veintiséis veces (pp. 42, 74, 75, 76, 78, 80, dos veces; 92, 96, 105, 108, 110, 124, 127, 133, 139, 141, 166, 247, 258, 260, 294, 339, 341, 365, 370)
ave: veintidós veces (pp. 42, 56, 57, 58, 67, 96, 102, 131, 135, 137, 139, 143, 151, 152, 153, 155, 158, 184, 261, 274, 294, 339)
cabalgar: una vez (p. 46)
peces: dieciocho veces (pp. 46, 80, 85, 93, 94, 95, 104, 112, 113, 114, 117, 131, 141, 151, 310, 314, 365, 371)
serpiente: seis veces (pp. 47, 50, 76, 121, 148, 212)
culebra: una vez (p. 148)
vivíparo: una vez (p. 47)
bichitos: una vez (p. 60)
fieras: dos veces (pp. 73, 212)
víboras: una vez (p. 74)
paraíso (ave del): una vez (p. 74)
pescados: una vez (p. 93)
animalitos: una vez (p. 95)
molusco: una vez (p. 209)
selva: cuatro veces (pp. 212, 213, 214, 339, 73, 131)
coral: una vez (p. 286)

Igualmente se podrían mencionar muchas otras expresiones que remiten a una actividad animal, como podrían ser *las garras*, el rugir, lengua silbante, lengua bífida, las fauces, el mugir, los dientes, los blancos colmillos, las branquias, la jauría, las escamas, etc.

REI BERROA

Calanda, 21, 1.º-B
MADRID-8